



Sábado III de Adviento (Feria Mayor)

23 de diciembre de 2023

Mal 3,1-4.23-24

Sal 24

Lc 1,57-66

P. Eduardo Suanzes, msps

En el Salmo hemos repetido: «*Levantaos, alzad la cabeza; se acerca vuestra liberación*» Tal vez, al rezarlo así, podamos creer que ese «acercarse nuestra liberación» es algo que sólo realiza Dios, sin ninguna intervención por nuestra parte. No, no es algo que sucede como acontece cuando vamos al teatro y se nos cae el telón para acercarnos a la primera escena de la obra, sin ninguna intervención por nuestra parte. ¿Cómo se produce, pues ese acercamiento del Salvador que hemos pedido en el Salmo Responsorial? Malaquías, en la Primera Lectura nos da la clave.

En este clima de espera, de tensión ante la venida del Mesías que anuncia Malaquías, el profeta elige una imagen muy sugerente para definir y establecer el porqué de dicha venida y el cómo se produce. Malaquías dice que «*El Señor [que viene] se sentará como fundidor que refina la plata*. Este simple versículo es fundamental y de capital importancia para entender el Nacimiento de Jesús, que ya está aquí a las puertas. Es un versículo, del que si no nos damos cuenta, pasará de largo y nos quedaremos sin la enjundia de lo que Dios pretende en este tiempo tan fundamental de la Navidad. Dice, además, que la venida será como fuego de fundición, como lejía de los lavaderos: que Dios se sentará como se sienta un fundidor cuando refina la plata; que los que esperan en él serán como la plata y el oro refinados. Y ante esta imagen del fundidor viene a cuento un cuento (valga la redundancia) que nos explica eso de la fundición y de la venida del Señor.

[El cuento]...

La hondura de este pasaje es de tal calibre que resume de un plumazo nuestra experiencia de Dios y nuestro camino hacia Él. A Dios lo único que le interesa es descubrir, hacer que emerja, en nosotros nuestro auténtico ser, nuestra auténtica realidad: la de ser imagen de Dios.

Para eso, pues nace Jesús de Nazaret: él es en quien nosotros debemos transformarnos; él es el modelo, (es decir, el fin de la transformación), y además el molde, (es decir en donde se produce la transformación). Nuestro pobre material está destinado a esa transformación, a esa purificación, una vez introducido en el molde, que eso es lo que se produce en el nuestro bautismo. Ahora, con el fuego del Espíritu Santo y con la ductilidad de dicho material, la transformación buscada por el Orfebre divino se realiza.

Juan el Bautista, del que en el evangelio de hoy hemos escuchado el relato de su nacimiento, circuncisión e imposición de nombre, será el que anunciará este misterio: dirá de Jesús que nos bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego, refiriéndose a esa obra que el seguidor de Jesús tendrá que realizar para conformarse con el que es su imagen.

El nombre de Juan (*Yo-hanan*) significa Dios *ha hecho misericordia, se ha inclinado* hacia el hombre, *ha descendido* con el hombre; *hanan* es la actitud de una madre cuando se inclina para ver a su hijo pequeño para protegerlo y cuidarlo con la ternura que le brota de sus entrañas; *hanan* es la palabra que se utiliza para indicar la actitud del Padre ante el hijo pródigo; es la misma palabra que se utiliza para describir la ternura que invadió al buen samaritano cuando vio al tirado en la cuneta del camino. En este nombre de *Yo-hanan* está resumida esa actitud de Dios para con nosotros a la hora de hacerse hombre y que mañana por la noche celebraremos por todo lo alto.